XII Semana del Tiempo Ordinario (Año Impar)

Sábado

Padre Julio González Carretti O.C.D

Lecturas bíblicas

a.- Gén. 18,1-15: La teofanía de Mambré.
b.- Mt. 8, 5-17: Curación del hijo o criado del centurión.

Hoy Jesús sana hoy al hijo o criado de un centurión romano. Militar al mando de cien hombres, los judíos podían enrolarse en el ejército romano, pero nunca tenían el mando. Lo más probable es que se trate de un hijo, debido a la insistencia, o de un siervo muy querido (cfr. Jn.4, 46ss). Todo gracias a la fe y súplica no del enfermo sino del soldado que implora, con humildad, la intervención del joven maestro de Nazaret Por dos veces lo llama Señor (vv. 5. 8). Ante la respuesta de Jesús, el centurión establece una comparación entre la autoridad que ambos poseen. El manda y su palabra es eficaz en sus hombres, que obedecen y cumplen su palabra; pero esa palabra es nada con la de Jesús, que sana al enfermo a distancia, sin verlo ni tocarlo. Es una fe preclara, la del centurión, en el poder de la palabra de Jesús. Las primeras palabras del Maestro: "Yo iré a curarle" (v. 7), son de gran trascendencia para el centurión porque significaba que el Maestro iba a entrar en casa de un pagano, lo que lo convertía en impuro. Se consideraba indigno de la propuesta de Jesús, lo que pone de relieve la humildad del hombre frente a Dios. Jesús alaba la fe en el poder y en la palabra de Dios del centurión; pone sus pretensiones en manos de Dios. Una actitud correctísima del hombre frente a Dios, precisamente lo que Jesús buscaba en el pueblo, como lo había hecho Yahvé en el pasado con Israel. Esta escena es todo un preludio de la actividad evangelizadora de la Iglesia entre los paganos; es el traspaso del Reino, que de Israel pasa a los gentiles. No se sentarán los herederos naturales de las promesas en la mesa del Reino, los judíos, sino que serán suplantados por los gentiles. Finalmente la curación de la suegra de Pedro, resalta no la palabra sino el poder sanativo de Jesús. Concluye el evangelio enseñándonos que Jesús obra como el Siervo de Yahvé, es decir, toma sobre sus hombros todas nuestras enfermedades y dolencias. El Señor es ante todo, el Siervo, durante su vida terrena, compadecido del hombre lo levanta de su miseria moral, porque lo introduce en el Reino, para ser hijo redimido de todo dolor y sufrimiento por el poder que recibió de Dios.
Como el centurión romano, Teresa de Jesús, con fe en su alma sabe que puede despertar en Jesús su poder sanador. "Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje." (CV 34, 8).